

Cómo acercarse al misterio

Una charla sobre fe y ciencia entre Ramon M. Nogués y Javier Melloni

La ciencia y la religión tienen muchas cosas que decirse. Ambas disciplinas miran, de algún modo, al misterio. Los científicos cada vez saben más cosas, pero aún se mueven en el campo de la pura especulación. De esto la religión sabe bastante. Es útil que ambas disciplinas hablen. Hemos reunido al científico Ramon M. Nogués y al teólogo Javier Melloni para que hablen de fe y ciencia con Rosario Bofill, Joaquim Gomis y Jordi Pérez Colomé. Ambos acaban de sacar libros que se ponen estas dudas. El de Nogués, *Déus, creences i neurones* (Fragmenta), de momento, está sólo en catalán; el de Melloni está en ambas lenguas: *Vislumbres de lo Real* (Herder) y *Escltexas de realitat* (Fragmenta).

Jordi Pérez: ¿Cuál será el papel de las religiones en el futuro?

Ramon M. Nogués: Yo utilizo una expresión que es más amplia que religión, pero que la incluye. Es esta: los humanos necesitamos vivir en este mundo encantándolo. El mundo de las experiencias y el de las emociones es muy importante, pero al final siempre necesitamos una tercera referencia, un telón de fondo, que sería el encantamiento de lo que vivimos. Si no situamos la experiencia en un mundo de encanto, fracasa. Esta es una de las raíces por las que somos religiosos. A partir de esto, muchos científicos han llegado a la conclusión de que, aunque no se sepa muy bien qué, alguna estructura llevamos dentro de nuestra construcción neuronal que nos mueve a descubrir o construir un universo encantado. Dentro de él está la religión y, al final, el misterio de Dios.

Javier Melloni: La función de la religión es anticipar y recordar. Anticipar porque todas hacen referencia a una plenitud de la que sólo hay, digamos, noticias; ayudan a hacer visible lo invisible. Y recordar porque todas surgen de experiencias que estremecieron a sus fundadores; es un momento originario de gran densidad de cuyo impulso viven las religiones. El recuerdo y la anticipación ofrecen vehículos para hacer el recorrido: unos textos y rituales para incorporarlos en el cuerpo y unas pautas de conducta

que suponen una manera de estar en el mundo que permiten la visibilización de lo invisible.

J. Pérez: Pero en el cerebro tenemos una estructura que facilita eso.

J. Melloni: Lo interesante de esa neuroreligión es que admite la existencia de una base biológica de la experiencia religiosa, lo cual da gran esperanza. Porque cuanto más capacidad tengamos de establecer conexiones interneuronales, más capacidad tendremos de conectar y captar una realidad que está por ser desvelada.

R. M. Nogués: Los biólogos proponen que algo que históricamente ha tenido la importancia innegable de la religión, si no fuera de algún modo beneficioso para la especie, la evolución darwiniana ya lo hubiera eliminado. Porque el dogma darwiniano dice que una entidad que sea perjudicial con el tiempo tiende a eliminarse. Así, una cosa que ha tenido tal éxito, algo positivo –y quizá insustituible– aporta a la especie. Es además algo permanente y sólido. El fenómeno europeo de la crisis religiosa, por ejemplo, es una turbulencia local. En la India, Sudamérica o África no están por estas crisis, aunque es probable que la revisión del pensamiento científico y crítico afectará también estas grandes áreas, pero quizá de otra forma.

J. Pérez: ¿Si los cerebros son iguales, porque hay diferencias regionales?

R. M. Nogués: Porque la religión, en sentido neurológico, sólo puede definirse como una predisposición. Afecta de forma diversa a las personas y se estructura de forma variable en las culturas.

LA PREDISPOSICIÓN A CREER

J. Pérez: Así lo religioso que tenemos en el cerebro es sólo una predisposición.

R. M. Nogués: Sí. Ayer leí en el periódico que la neuropolítica: habría cerebros de derechas y cerebros de izquierdas. Esto no significa que la derecha o la izquierda esté grabada en el cerebro, pero sí que hay gente que por su fijación en temas y formas de pensamiento tiende a ser conservadora y otros, no. Con la religión, ocurre lo mismo. Y con la ética y la estética.

J. Melloni: Podemos hablar de predisposición, pero a mí me parece más sugerente la idea de una progresiva apertura a lo Real. Cuando éramos amebas, una criatura protozoica primitiva, nuestro único sensor con el exterior era el tacto, que era, además, rudimentario. Luego fueron apareciendo una especie de aperturas que han acabado por ser los ojos, las orejas, el olfato. Esto significa que la capacidad de percibir lo real es más rica cuanto más base biológica y neuronal tenemos para hacer esta interacción. Todo esto coincide plenamente con la visión de Teilhard de Chardin: somos depositarios de una vida que se va desvelando poco a poco, gracias a la progresiva complejización de la materia. Tanto el cerebro como nuestros sentidos son receptores de una realidad que aún está oculta porque no podemos captarla. Si las amebas y sus percepciones nos parecen primitivas, nosotros, respecto a homínidos de aquí a diez mil años, también seremos considerados primitivos.

J. Pérez: Esto ahora nos es invisible.

J. Melloni: Sí, invisible.

R. Bofill: Pero cuando dices realidad, ¿qué quieres decir?

J. Melloni: Llamamos Realidad, con mayúscula, a lo que en ese momento nuestra mente no puede abarcar y nuestros sentidos no pueden percibir. Esa mayúscula indica un estallido respecto a las condiciones ordinarias de percepción. Creo que entre Dios y nosotros no hay tanta discontinuidad. Es una separación mental que hemos puesto para indicar el límite que existe para la razón y los sentidos. Cuanto más capacidad sensora tengamos, más se irán uniendo ambas realidades.

R. M. Nogués: Percibir, sí, pero luego elaborar. Porque aparte de que evolutivamente nos vayamos capacitando para captar cada vez más, necesitamos un aparato de elaboración. Esto es un aspecto. Luego también está el espacio que existe entre esta realidad honda y lo que yo soy capaz de captar de ella. Aquí nos puede ilustrar la física. Los físicos, que son los que más intentan llegar hasta la última esencia del mundo real, acaban por dar unas ideas sorprendentes sobre la energía –que no



Ramón M. Nogués visto por
Sciannarello

Ramón M. Nogués (Barcelona, 1937) es escolapio y catedrático de la unidad de Antropología Biológica de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha realizado estudios de pedagogía, filosofía, y teología. Trabaja en genética de poblaciones, especialmente en poblaciones humanas aisladas.

sabemos exactamente lo que es— o la materia —que nos resulta muy difícil de definir—, o la materia oscura —que quién sabe en qué acabará concretándose. Hay algunos físicos que dicen que para hablar de la realidad sólo tienen géneros literarios. No sabemos formular exactamente el estatuto de lo real. La gente piensa que cuando decimos ‘átomo’ sabemos qué es. Pero no hay nadie que sepa lo que es un átomo. Se proponen unos dibujos con unas bolitas que dan vueltas, pero los átomos no son eso. Pero de algún modo hay que representarlo. Einstein lo dijo así: “Hay misterio, y el que no lo vea es que es necio”.

J. Melloni: El misterio empieza por el vaso que tenemos delante y la percepción que tenemos de él. Es como el revelado de una fotografía. Se dan unas condiciones que permiten desvelar una imagen que está impresa, pero que en condiciones normales no vemos. Pero que está en la placa.

R. M. Nogués: Lo que intentan las religiones —las buenas— es ser reveladoras. Y lo son. Los personajes fundamentales lo que hicieron es desvelarnos una realidad fundamental que no captábamos.

J. Pérez: Hay algo que no vemos pero quizá en diez mil años sabremos qué es.

J. Melloni: Volvemos a la visión de Teilhard de Chardin. Una visión que está en crisis dada la fragmentación y escepticismo del posmodernismo. Pero, a mi manera de ver, Teilhard es un autor que deberíamos recuperar. Nos recuerda que formamos parte de un proceso que no comienza ni acaba en nosotros.

J. Pérez: Es un proceso que no sabemos dónde va.

R. M. Nogués: Según Teilhard, el punto final es la figura del Omega Cristo. Pero esto es una forma de explicarlo, la de Teilhard. Hoy quizá estamos un poco prevenidos en cuanto a definir demasiado el punto adonde vamos. Stephen Hawking dice que nuestros cerebros son parte del problema. Vamos hacia un sitio que nunca podremos acabar de definir, porque formamos parte de la estructura que intentamos aclarar. Si más allá de esta estructura, hay una realidad —Dios, digamos—, no podemos aclararla con términos nuestros. Al final del libro *Historia del tiempo*, Hawking dijo que una gran mente capaz de conocer todas las ecuaciones sería Dios. Pero poco después dijo que retiraba lo dicho, y que con afirmaciones nuestras, que formamos parte del problema, nunca aclararemos con fórmulas la realidad.

R. Bofill: ¿Nunca significa nunca?

R. M. Nogués: Nunca. Hawking dice que es como subir a caballito de uno mismo.

R. Bofill: ¿Ni tras la muerte?

R. M. Nogués: Para cuando muramos, más allá de nuestros límites, sólo queda la confianza.

J. Melloni: En la corriente mística, nuestros hermanos mayores, por decirlo de algún modo, afirman apofáticamente —en lenguaje negativo— que Dios es mucho más que lo que sabemos de él. Todas las imágenes que tenemos son metáforas de Algo que está más allá de toda palabra y forma. Sin embargo, a pesar de hablar en lenguaje negativo, todos apuntan a lo mismo: la plenitud del ser. Volvemos al lugar del que venimos. Esto puede chocarnos, ya que nuestra tradición occidental es lineal y nos cuesta pensar que retornamos al origen. Concebimos la existencia como un proceso del no-ser al ser, de la esclavitud a la tierra prometida. La idea de retorno, en cambio, trastorna la noción de progreso, de que vamos a más, lo que nos crea, a los occidentales, incomodidad. Pero hay otra concepción más profunda, que dice que



Javier Melloni visto por
Sciannarello

Javier Melloni (Barcelona, 1962) es antropólogo, teólogo y fenomenólogo de la religión. Jesuita y estudioso de los ejercicios espirituales, es también miembro de Cristianismo y Justicia y profesor en la facultad de Teología de Cataluña y en el Instituto de Teología Fundamental de Sant Cugat.

volvemos a allí de donde nunca hemos salido: el ser. Todo es ser. Lo que tenemos son percepciones fragmentarias que a veces se hacen más amplias. Este ‘plus’ de realidad es lo que experimentamos en forma de plenitud. Y lo llamamos como podemos. Unas religiones lo conciben como un Dios ‘más’ personal y lo invocamos como a un Tú; a otras, las orientales, les cuesta decir Tú, porque consideran que es reducirlo. También hay otras versiones más laicas, que dirían ‘este misterio’, que no es una especie de cinismo o nihilismo, sino que indica un ‘plus’ de realidad que la criatura que somos no es capaz de percibir. En lenguaje hindú, en los *Upanishads*, el nombre que se da a esa realidad última es *sat-chit-ananda*, verdad-conciencia-alegría. Nosotros, los cristianos, personificamos esa realidad última en la forma de trinidad, esto es, trinidad, un modo humanizado de decir verdad (Padre), conciencia o palabra

(Hijo) y plenitud (Espíritu Santo).

J. Pérez: ¿Esta plenitud del ser no se da sólo cuando morimos?

J. Melloni: No. La persona profundamente religiosa no hace distinción entre el aquí y el allá.

J. Pérez: Pero has dicho que sería un retomo al inicio.

J. Melloni: Pero cada instante es un retomo al inicio. Lo que pasa es que nuestra experiencia es lineal y es cierto que hay algo que distingue esta vida física de la que tendremos después, en lo que seremos cuando el cuerpo se desprenda.

J. Pérez: Pero si te pregunto cómo intuyes esto, ¿sabrías explicarlo?

J. Melloni: Algo podría decir; igual que todos los que estamos aquí.

R. M. Nogués: A mí me parece que se refiere a aquella idea de san Juan de que la vida eterna ya la tenemos aquí. Lo que ocurre es que no la descubrimos.

J. Melloni: Incluso algunos llamados ateos de principios del siglo XX –Nietzsche, Cioran, Rilke–, personas no clasificadas como religiosas, apuntaban a esa plenitud del instante, que se justifica por sí misma. Somos nosotros los que necesitamos alargarlo. Pero lo que se ha dado es en sí mismo. Y cuando uno lo recibe con el corazón inocente no necesita alargarlo. Se ha dado la plenitud y ya se justifica por sí misma. Todo queda justificado, reconciliado.

R. M. Nogués: Es la sensación de que en ciertos momentos todo cuadra, encaja. De vez en cuando los humanos podemos tener esta experiencia de coherencia honda. Unos más que a otros, creo.

LA RELIGIÓN ES BUENA

Joaquim Gomis: En el libro de Nogués se habla de que ha habido un tsunami anti religioso en Europa y que ahora resurgen ciertas aspiraciones de espiritualidad. Pero de algún modo me ha parecido que eres un poco crítico respecto a estas aspiraciones si no se concretan en una creencia común. Es decir, que lo que importa más es hacer y no sentir.

R. M. Nogués: En esto hay una visión, más antropológica que teológica, y que consiste en ver qué tiene futuro en la marcha de la sociedad. A mí me parece que las experiencias religiosas buenas conviene que no olviden unas estructuras. ¿Por qué? Porque las iniciativas puramente anárquicas, que no se concretan en ninguna institución, tienen una alta probabilidad de desaparecer. Los grandes genios religiosos suelen tener un organizador cerca. Por ejemplo, Pere Casaldàliga tiene un vicario, Agustín, que me decía con amable y lúcida cordialidad: ‘Yo le digo a Pedro: tú reza y déjame a mí que te

organice las cosas’. Los poemas son muy importantes, pero detrás de los poemas tiene que haber alguien que sepa cómo funciona el motor de una barca. O bien Jesús y san Pablo. Jesús parece que no tuvo ningún proyecto para fundar iglesias. Y un tipo como san Pablo se lo organiza. Una parte del éxito de las grandes intuiciones religiosas depende de que alguien haya sido capaz de organizar la correspondiente institución. En este punto la experiencia religiosa a veces es valorada, quizá un poco cínicamente, por políticos que no son religiosos pero que piensan que la religión es importante para dar cohesión al grupo. No creo que esto sea lo más importante de la religión, pero tampoco es bueno despreciarlo del todo.

R. Bofill: Lo que importa realmente en una religión es lo que se hace en su nombre, los hechos, que son los que verifican aquellas religiones. No sólo el pensamiento o la cohesión que consiguen.

R. M. Nogués: En este momento de crisis, en que las instituciones no tienen credibilidad, es bueno que la construcción personal que cada cual se hace, que llevamos en nuestra conciencia y cada uno debe gestionar, la contrastemos con lo que

R. M. Nogués: ‘Este es uno de nuestros desafíos: las instituciones no son fiables, pero solos no podemos vivir’

yo llamo testimonios fiables. Uno solo puede tener una gran idea, pero puede ser muy errónea. En cambio, si intento contrastar mi opinión con otras personas que son dignas de mi crédito, y veo que coincidimos, estos son los testimonios fiables que comienzan mi institución. Este es uno de nuestros desafíos: las instituciones no son fiables, pero solos no podemos vivir.

J. Pérez: ¿Tienes algunos ejemplos?

R. M. Nogués: Yo colecciono testimonios fiables. Todos escribimos algún diario, y yo en el mío anoto mis testimonios fiables: encuentro un buen moralista que me formula bien la moral que yo creo que es la de mi tradición, lo apunto; encuentro un personaje que me hace una comparación útil, la anoto. Son mi autoridad. Porque la autoridad oficial no me merece crédito.

R. Bofill: En un capítulo del libro, se dice que la institución es necesaria, pero es precisamente la institución la que lo estropea todo. La institución formaliza unas cosas que luego no se cambian. Por ejemplo, las castas o la infalibilidad del Papa.

J. Melloni: Pero no es sólo eso. Gracias a las instituciones tenemos cate-

drales, la publicación cada vez mejor de la Biblia, facultades de teología, exégesis, historia. Es cierto que la institución también construye dogmas como el de la infalibilidad o legítimos abusos en nombre de la sacralidad de las castas y muchas otras cosas. Pero también es cierto que gracias a ellas podemos aún creer lo que creemos.

R. Bofill: Pero la institución muchas veces traiciona.

J. Melloni: Responderé con una imagen: la de los exploradores y colonizadores. Cuando un grupo llega a un nuevo territorio, tan necesario es que unos se alejen de los demás para descubrir nuevos manantiales, cascadas y praderas, como que haya detrás un grupo que asiente el campamento y dé continuidad a los descubrimientos. Unos sin otros no funcionan. La dificultad y la riqueza está en ver que necesitamos la estabilidad que da la institución, y el inconformismo y la creatividad del que no se identifica con la institución. Esta polaridad es una danza que podríamos aprender a bailar entre todos, pero que no sabemos aún: nos pisamos, nos damos puñetazos.

R. M. Nogués: Yo siempre digo que una espiritualidad, para tener futuro, debe tener un secretario. Si sólo se hacen sermones y no los apunta nadie, se pierden.

R. Bofill: Pero a veces la institución pesa demasiado.

R. M. Nogués: No a veces. Muchas veces.

J. Melloni: Sin embargo, la institución no deja de ser también una instancia que te priva de caer en el subjetivismo de pensar que el mundo empieza y termina contigo. La institución no sólo se puede ver como poder, sino también como alteridad: representa a todos los otros que no son tú. Representa un pasado y posturas que no son la tuya. Con esto no justifico el abuso de poder. Los cátaros ahora nos caen muy bien porque son víctimas de la historia, pero olvidamos aspectos suyos bastante inquietantes: una visión dualista que les hacía ser muy duros en sus prácticas ascéticas, las clasificaciones entre los puros y los de segunda categoría. La función de la institución nos lleva a consideraciones complejas y delicadas.

J. Pérez: En las religiones orientales, ¿qué haría el papel de la institución?

J. Melloni: Para los budistas, la comunidad es muy importante. Y el maestro, que sería la representación de la tradición en alguien que es creíble y que no te lo imponen. Lo escoges tú.

R. M. Nogués: También podría ocurrir eso con nuestros jerarcas: los obispos han sido escogidos de forma aceptablemente democrática durante mil años, las órdenes religiosas escogen a sus superiores. Si se respetaran ya hay formas demo-

cráticas. Es viable una estructura institucional democratizadora que respete la libertad. Lo que ocurre es que la historia nos ha llevado a unos vicios de poder que podrían suprimirse, y han quedado enquistados en las estructuras, y encima con la pretensión de ser de origen divino.

HAY TAMBIÉN RELIGIONES MALAS

J. Pérez: Has dicho dos veces que hay religiones 'buenas'. ¿Qué significa?

R. M. Nogués: Todas las grandes experiencias humanas pueden pervertirse. La experiencia religiosa no es una excepción. Hay tradiciones que globalmente huelen a podrido. En otras tradiciones estamos mezclados, con aspectos sectarios, pervertidos y geniales. Incluso hay ciertas neurosis que se pueden vehicular a través de un cierto tipo de religión. Así que sí que hay que vigilar entre religión buena y mala. Es una faena que no podemos ahorrarnos: la discreción del espíritu.

R. Bofill: Los jesuitas tienen una palabra para esto, discernimiento, que Melloni utiliza continuamente en su libro.

J. Melloni: Para mí es clarísimo. Si entendemos que la revelación, y por tanto, la religión, es una apertura a más realidad, el camino religioso y las normas morales que propugna una religión deben permitir a la persona crecer y salir del propio autismo, personal o colectivo. Decías que hay tradiciones que huelen a podrido. La razón es por sus elementos sectarios, donde la afirmación de la positividad es sólo hacia dentro y se niega que haya verdad en todo lo otro que queda fuera. De aquí que sospechemos de las experiencias pseudoreligiosas. Para mí, el criterio de discernimiento que revela la viabilidad de un camino religioso es si conduce a tres grandes aperturas: hacia Dios, que cada tradición nombra como puede, sabiendo que el misterio es mucho más que todos los nombres; hacia el otro, indicando la dimensión ética, estimulando el respeto y atención por los últimos; y en tercer lugar, el respeto hacia las cosas y la veneración de la naturaleza, lo que pasa por la contención del comer y del beber, así como la potenciación de la sensibilidad estética. En la medida en que se dan estos criterios, se puede discernir si un camino es sano o si fomenta una neurosis colectiva o personal camuflada en lenguaje religioso.

LAS PROPUESTAS DEL AGNOSTICISMO

J. Pérez: En ambos libros se habla del agnosticismo y ateísmo de un modo abierto. ¿Qué pueden aportar a las religiones?

R. M. Nogués: El nuevo clima de aceptación del pluralismo religioso facilita que comprendamos que ninguna tradi-

ción agota esta realidad ilimitada. Esto plantea nuevos horizontes. El monoteísta tiende a creer que todo esto del misterio ya lo tiene solucionado. Y el asunto es más abierto. Hoy podemos admitir que las otras religiones nos dan visiones complementarias a la nuestra, y que los que son agnósticos o se llaman ateos nos dicen algo sobre nuestra fe. El agnóstico nos recuerda que no podemos ser demasiado suficientes en nuestro saber sobre Dios. El ateo nos puede recordar situaciones como la recientemente publicitada de Teresa de Calcuta, o de otros místicos, y sus largos años de vacío interior absoluto. Puede haber una cierta fascinación por el mundo crítico, lógico, racional, científico que cierra a una persona a la imposibilidad de acceder al misterio. Esto alguna vez podría pasarme a mí: el creyente podría tener una sorpresa atea o agnóstica. No hay que excluirlo. Por tanto es bueno que otro me enseñe cómo lo vive. Para tener una luz ámbar encendida a posturas que son todas un poco complementarias.

J. Melloni: Para mí el ateísmo es una teología apofática. Es teología negativa. O una antropología modesta. Es confrontarse con qué queda de verdad cuando le

J. Melloni: 'Detrás de posturas ateas hay experiencias de orden místico, que apuntan que lo que se vive ya basta'

quitamos Dios. Eso que queda también es digno de reverencia. Reverenciar lo que podemos compartir más allá de lo que desde la fe podemos añadir, es un punto de partida que nos hace modestos. Es la experiencia del ahora y aquí que se bastan por sí mismos. Yo creo que detrás de ciertas posturas ateas hay experiencias de orden místico. Apuntan a que lo que se vive a cada instante basta por sí mismo, sin necesitar nada más para que tenga sentido. El problema del ateísmo es si se convierte en cinismo, en falta de agradecimiento, en una especie de resentimiento con todo. Si la negación procede del desencanto o resentimiento, hay un déficit humano. Pero si no es así, sino que tal negación procede de la honestidad, hay un camino de escucha y aprendizaje por delante.

J. Gomis: Parece que tanto desde la creencia como la increencia es bueno un cierto escepticismo o relativismo respecto a nuestra posición. Uno cree o no cree una cosa, pero tampoco se empeña demasiado en creer que aquello sea la única opción.

R. M. Nogués: Esto tiene interés en el aspecto espiritual, pero también en el científico. Hay científicos que tienen un senti-

miento de solemnidad increíble sobre lo que saben. El otro día por ejemplo fui a ver a un enfermo terminal. Me habían dicho que estaba muy mal y me lo encontré sentado comiendo. Luego hablé con el médico, a quien conozco, y le pregunté: '¿Qué ha pasado?' 'No lo sé. Tenía un fracaso renal importantísimo y de repente se han puesto a funcionar los riñones.' Un señor que me dice que no tiene ni idea de un área en la que es especialista, lo admiro. Esto puede pasar en cualquier ámbito. Es un déficit de las autoridades religiosas, que dicen 'Dios quiere esto', con un aplomo sin fisuras. Pero si no sabemos qué es un átomo, ¿cómo va usted a saber qué quiere Dios? El otro día un psiquiatra que no es creyente me decía: 'Cuando una autoridad religiosa sepa mostrarse adecuadamente dubitativa sobre sus propias afirmaciones, habrá una conmoción social y la autoridad religiosa generará un amplio respeto'.

J. Pérez: Da una mala imagen de la Iglesia.

R. M. Nogués: Nos iría muy bien superar de una vez el debate anticlerical. Porque es aburrido y de bastón. El verdadero debate es el religioso.

J. Melloni: Esta es la gran oportunidad del diálogo interreligioso: pasar de discusiones intraeclesiales a entrar en las grandes preguntas de la humanidad y ver cómo se han ido respondiendo desde ángulos que nunca nos habíamos planteado. Amplía muchísimo el horizonte de pensamiento, de pregunta, de admiración.

J. Pérez: El otro gran debate hoy puede ser el que la ciencia plantee a la fe.

J. Melloni: La oposición entre fe y ciencia hoy no tiene ningún sentido. Nos necesitamos mutuamente: son dos maneras distintas de abordar el misterio.

R. M. Nogués: Quisiera contar una anécdota del profesor Ramon Magalef, hombre de una inteligencia y agudeza singulares. Una vez organizamos unas jornadas sobre ecología en la que él era ponente, y al final tuvimos la celebración de la Eucaristía, dado que la jornada era organizada por una asociación de intelectuales católicos. Él se quedó en la puerta, siempre con su estimulante originalidad. Al acabar, se lo comenté. Y me dijo: 'Yo en estas celebraciones siempre estoy en la puerta, porque no me considero suficientemente en sintonía con las estructuras para colocarme en un banco con todos, pero si me quedara fuera tengo la convicción de que me perdería algo importante'. Esta es la actitud de muchos científicos. Están al acecho. No piensan que esto de la religión sea una tontería, pero tampoco les van las expresiones inasequibles a la duda, que es una de las actitudes imprescindibles para la fe. Así que están ahí, a ver si alguien formula bien el mensaje. □